

Memoria de los méritos y servicios
de José Ribadeneira y Texada,
general de brigada del ejército del Perú

"El Cielo no me ha concedido el don de decir mucho en pocas palabras. En esto hay mucho que decir y necesito tiempo para explicarme. Si hice mucho por la Independencia de mi País porque pude hacerlo; hizo otro tanto el que hizo muy poco porque no pudo hacer más".

FRANKLIN A. ROBERTSON.

José Ribadeneyra y Texada nació en la ciudad de Lambayeque el 19 de marzo de 1761. Es hijo legítimo de legítimo matrimonio de Nicolás Ribadeneyra y de Justa de Texada. Concluyó sus estudios en el año de 1779. En el de 1780 se dedicó al comercio bajo la protección de un tío poderoso y de la mejor opinión y concepto en Europa y América por su pública honradez. Sus padres fueron estimados y respetados más por sus virtudes que por el nacimiento y proporciones regulares que conservaron para la educación y mantención decente de su numerosa prole.

Desde el año de 80 hasta el de 807 que se embarcó para España fue su conducta irreprochable y sin nota alguna en los vastos negocios de su comercio que giraba con Europa y América, cuya

NOTA.— Las citas que van marcadas con este signo —*— y cuyos documentos comprueban los hechos los tiene el Genl. San Martín a quien habiéndoselos pedido me contestó desde Mendoza con fecha 16 de junio de 1823 que los buscaría para mandármelos, lo que por olvido no ha verificado. Existe la carta en mi poder, y sobre mi palabra de honor aseguro que los hechos que se relacionan son ciertos y que sus comprobantes se hallan en poder de dicho Gral.

verdad la comprueba con el Documento No. 1 del Tribunal del Consulado, titulado hoy Cámara de Comercio de Lima.

Desde esta última fecha hará relación de su conducta política para la independencia de las Américas, cuyo exordio le es indispensable hacer.

Cuando por un orden inesperado variando los acontecimientos el giro que por una dilatada experiencia parecía ser inalterable, presentan un aspecto tan nuevo como lisonjero, la humanidad se interesa en que se descubran las manos secretas que sacrificando su existencia y su sosiego se emplearon en debilitar y romper los resortes de su antiguo y conocido impulso. Menos por lisonjear las pasiones individuales que por manifestar su concentración en el amor del bien general debe por una obligación tan sagrada como inviolable descorrerse el velo que cubre el misterio de los trabajos secretos y ocultas aflicciones a los ojos de aquellos que ni por la distancia, ni por la infidelidad de las relaciones pueden conocer al que se consagró a perderlo todo, porque todo lo ganare su patria. Por esta irresistible fuerza voy a hablar de mí mismo: de mí que bajo el enorme peso de los males que gravan sobre los que se oponen al despotismo en medio de los déspotas los sufrí con constancia, los repetí con denuedo, y en desprecio de los peligros y la muerte que por todas partes presentaban el odio y la venganza entre el horror de prisiones tan terribles, como indefinidas, y la incertidumbre de un porvenir ciertamente triste e inevitable, me resolví a ser víctima de la desgracia y el juguete de la suerte por sostener pertinazmente mis opiniones.

Aún no se habían difundido las luces en América y el genio de su ilustración circunscripto a la esfera de las ciencias que fundadas en la autoridad cimentan la ciega obediencia, no había hecho conocer al hombre su verdadera dignidad; cuando el suceso de Buenos Aires sobre la expedición de Witheloc supliendo en mi espíritu las lecciones de la sana y verdadera filosofía me inspiró las ideas del poder y grandeza a que por la naturaleza está llamado este nuevo Continente, y *me resolví a sentar la primera piedra sobre que había de levantarse el augusto edificio de su libertad*. Renuncié mis comodidades, abandoné a merced de la fe de los hombres mis bienes, y al de las olas mi persona, y embarcándome para Chile, me propuse viajar, estudiando el carácter, usos y progresos de las humanidades en esa bella región en que si bien la naturaleza ostenta su fecundidad por todos los ángulos de ella, el sentimiento de su em-

bellecimiento social estaba reservado a una que otra alma sublime (1) que por temor de su elevación no osaba expresarlo al resto de las demás clases. Envueltas en las propensiones de la educación y del ejemplo vivían más por el influjo del hábito que por la reflexión sobre sí mismas. Como el ciego de nacimiento corrían las líneas por donde habían sido guiadas, y toda divergencia les hacía recelar un abismo. Esta era la posición política de Chile y el Perú.

En Buenos Aires fue donde el sacudimiento de la agresión de los ingleses se sintió en la América por primera vez la fuerza de la reunión, y se desmintió a la faz del mundo el error de algunos políticos que han atribuido como esencial la inercia y nulidad a los americanos.

Allí fue donde a mi llegada la resistencia del Cuerpo de Patriotas para la renuncia del Virrey Liniers a despecho de los batallones europeos que la pedían con armas en la mano me enseñó que en esa Capital sólo restaba poner en acción los elementos ya combinados para una pronta y feliz revolución. Para su oportunidad y consumación no se presentaban más obstáculos que los lazos con que la gratitud había atado los brazos de los beneficiados de ese jefe. Sin romperlos en tan ardua empresa el común equívoco de fijar en la persona lo que se debe al empleo hubiera traído la frialdad de los ánimos, y la indiferencia, y quizás la oposición de los que por sus aptitudes y ascendiente público eran llamados en aquellas circunstancias a ser los móviles de esta ejecución: era necesario despojar a Liniers de su autoridad, para que pareciendo como mero particular cesase su influjo y el prestigio de todas sus relaciones. Me encargué de este proyecto de acuerdo con varios individuos que nos reuníamos para realizar tan grande objeto (2) y la personería del Ilustre Ayuntamiento, dándome crédito para pedir con energía al gobierno peninsular la absoluta remoción al pretexto formidable en aquella época, de ser el virrey natural de la Francia. Continué mi viaje a la península, hasta haber arribado a Sevilla de regreso de Madrid, donde presidiendo [?] la Junta Central supe hacer tan oportuno y buen uso de los poderes, que no sólo se separó del mando al Virrey Liniers, sino que le sucedió un general pasivo solicitado por

(1) D. Manuel Salas y Dn. Juan Rozas, célebres Jurisconsultos de Santiago de Chile.

(2) Castelli, Belgrano, Vieytes, Larrea, Ascuenaga, Moreno, Paso, Arias, Leyba, y otros individuos acordamos la remoción de Liniers.

mí de este temple para que cuando llegasen los momentos que el pueblo proclamase sus imprescriptibles derechos, no hallare en aquel jefe la tiranía y el furor español con que los otros de su clase se han deleitado en destruir y derramar canales insondables de la preciosa sangre americana.

Habiendo llenado en mi misión los ardientes votos de mis socios y comitentes no parecía que en su origen podrían marchar con seguridad los grandes planes de una independencia absoluta, si en la península no quedaba radicado un confidente astuto que gobernase las medidas del gobierno y los sentimientos de los pueblos, para comunicarlos con oportunidad a las Américas y se preparasen para defenderse de las fuerzas opresoras y de toda especie de seducciones que emplearían para más asegurar los eslabones de la ominosa cadena de la esclavitud con que habían atado la libertad americana por tres siglos.

Yo me encargué de esta delicada y arriesgada comisión importantísima, pero conociéndome sin fuerzas suficientes para desempeñar por sí solo debida y escrupulosamente esta sublime misión que abrazaba tantos y tan diversos objetos que habían de influir y conspirar contra nuestra libertad sagrada; formé en Sevilla una Sociedad de Americanos Ilustres, hijos legítimos de la Patria, que desprendidos de groseras aspiraciones y de todo interés, me ayudasen con toda la eficacia de sus nobles conatos. Así se verificó, y con las luces que nos daban las más ciertas noticias, se comunicaban a los puntos disidentes de la América, remitidas a Londres (3) cuya dirección estuvo confiada a mi fidelidad y a mis conocimientos y bien se presenta a los espíritus que saben analizar cuánto es el valor que merecen estos servicios por todos los aspectos que se consideren.

Desecha la Junta Central el 22 de enero de 810 que fugó de Sevilla, aun los menos versados en materias políticas, y que con poco cuidado hubieren observado los sucesos que la habían reducido a ese extremo fatal conocerían que la Península por su estado moribundo iba a ser presa de su Conquistador. En ese día dichoso, y el más feliz para los americanos, avisé por Londres a los confidentes de nuestra Patria (4) que eran llegados los instantes de sacudir el yugo de la esclavitud, desnudándose de aquella túnica degra-

(3) Dn. Tomás Wilson.

(4) Caracas, Buenos Aires, Chile, México y Quito.

dante que nos ponía a la vista del universo por unos seres insignificantes, y por el ludibrio público de cuantos conocen los derechos del hombre. Todos saben el imperio que tuvo esta noticia en las Américas. Lima y algunas islas, a donde nuestras comunicaciones no llegaban conociendo el carácter de sus naturales, opinábamos que se reservarían para mejor tiempo imitar el glorioso ejemplo de los otros puntos cuando protegidos sus deseos y confiando la empresa a los genios del siglo recuperasen los derechos que les había dado la naturaleza. De aquel fuego eléctrico, comunicado desde la Península, inspirado con los encantos preciosos de la Libertad ha partido el movimiento político simultáneo de las Américas, y ellas han logrado colocarse en el rango de los gobiernos constituidos de Europa por sus bravos naturales y por sus valientes auxiliares.

En Cádiz se abrió la misma Sociedad: la localidad y circunstancias nos presentaron socios ilustres, que en número de sesenta y tres se distinguían por sus talentos sublimes, por su acendrado patriotismo y por un interés de la Independencia que no hallo expresiones bastantes para significar las distinguidas y señaladas virtudes patrióticas de cada uno de ellos.

Al paso que no ignorábamos las medidas privadas de las Cortes, de la Regencia y del comercio contra las Américas, y que siempre avisábamos para su inteligencia y defensa, era el espionaje del gobierno hacia nosotros tan infatigable que no había paso y aun el aliento que no fuese observado para confundirnos, y desaparecernos, pero muy a pesar de su vigilancia no hubo noche que faltase la reunión de los socios, o que de otros modos se uniese por secciones de cuyas observaciones se instruía al presidente de turno para comunicar a nuestros hermanos de América el diario exacto que llevaban los secretarios con el fin de que los puntos independientes se preparasen y se burlasen de las providencias opresoras de nuestros enemigos implacables. Los que fijen la consideración en estos pasos de angustia y de temores, los que sepan raciocinar, y la entiendan para darles el valor inestimable que deben tener estos primitivos e incomparables merecimientos y servicios practicados dentro del seno de nuestros feroces enemigos, y los que desprendidos de aquellas pasiones que ofenden, sólo les inspiran la razón y la justicia para decidir con inequívocable juicio; confesaran con placer que estos socios inestimables hemos sido los fundadores de la libertad americana, los hijos primogénitos de la Patria, y los padres agentes de la revolución política.

No por imprudencia ni por otros vicios en que caen los inexpertos o atolondrados, fui acusado del delito de infidencia ante el furibundo y cruel gobierno español. Lo primero de que cuidó fue de secuestrar mis bienes que tuvo la imprudencia de aplicar para los gastos de la guerra (5). Mi fortuna notoria desapareció: mi brillante y costoso equipaje sirvió para malbaratarlo y tener con que subsistir, porque aquel gobierno que fue testigo de mi situación opulenta en su Península creyó que conservaba ocultamente mucha parte de mi riqueza no me auxilió, o por odio, ni con un maravedí para mi mantención. Cuatro años, dos meses, catorce días los pasé de prisión en prisión en cinco castillos o fortalezas, y por grados se hacía en cada una de ellas con premeditado estudio que sufriese lo que la humanidad y naturaleza desconocen y únicamente se cuenta de las naciones bárbaras. Terminado este tiempo de infortunios y desgracias, durante la formación del proceso, y cuyo doloroso recuerdo me estremece de nuevo todo lo que es sensible; fui condenado por una furibunda e inicua sentencia del Consejo de Generales, confirmada por la del Supremo de la Guerra con la que se conformó el imbécil Fernando VII, a una torre por toda mi vida, privado de absoluta comunicación y avíos de escribir, con otras crueles calidades que engendra el odio en la negra venganza, y de donde como de la caja de Pandora nacen todos los monstruosos males para oprimir, destruir y complacerse en hacer víctimas que gimen bajo la fuerza y tiranía.

Cinco años y un mes sufrí inaudita condena, enterrado en vida en esta triste y luctuosa mansión del silencio como en la Torre de los Parsos, donde se depositaban los hombres para que muriesen por consunción y fuesen pasto de las aves de rapiña reviviendo las L. L. sanguinarias de Dracón, y los crueles castigos de Talaris. Diez y siete meses estuve en la torre de la Ciudadela de Barcelona donde para tocar mi funesta habitación tuve que subir noventa y siete escalas y el resto en la de las Canaletas. En ambas, la inmundicia, la lobreguez y la tristeza presentaban la muerte como por momentos.

(5) En poder de D. Gaspar Amenábar, tenía setenta y ocho mil pesos, los que fueron embargados y en Londres, en casa de don Jorge Darbí 95,621 ps. 3 rr. s. que se perdieron por mi prisión aplicándolos al Almirantazgo a un concurso de Darbí en que mis intereses no debieron entrar por haber sido un depósito que puse en su poder con el objeto de que los emplease en los artículos aparentes y de consumo en Buenos Aires. Los 78,000 pesos secuestrados en casa de Amenábar fueron aplicados por la sentencia para gastos de la guerra.

Sin permitir que comiese con cubiertos por considerarme reo de Estado por infidente, ni hacerme la barba en tan dilatado tiempo. Jamás pude estar de acuerdo con estas invenciones del despotismo; pero siempre superior a esas degradantes providencias me mantuve tranquilo: mi carácter firme y sostenido nunca se abatió a los tiranos: los vi siempre con desprecio como a unos bárbaros, o como a otros dioclesianos, o tiberios. Mi corazón es grande y sabía sufrir con un noble espíritu, considerando que a los mártires no se celebran por lo que padecieron *sino la causa porque sufrieron*. Tuve la gloria de haber sido en la península el protomártir político por la independencia general de las Américas, concluyendo con decir que si me propusiese hacer un extenso análisis de cuanto se me ha hecho penar, sufrir, perder y padecer, mi narración tendría principio; pero término jamás.

Salvada mi existencia del modo referido, y no cumplido el voto de varios individuos de los Consejos de Guerra decididos para que la sentencia fuese de privarme la vida, y que lentamente situado en la torre desapareciere mi espíritu al impulso continuo de multiplicadas privaciones vejámenes, insultos y humillaciones que irritarían el alma del más profundo estoico, no pude menos que representar al rey la injusticia de la sentencia, antes que del último castillo me embarcasen para Barcelona. Un grande personaje que lo servía de su persona se encargó de hablarle y proteger la representación. El resultado después de consultado el Consejo Supremo de la Guerra fue mandar se me pusiese en libertad con cuatro pesetas diarias, durante las convulsiones de América: que me presentase dos veces al día a su gobernación con otras humillaciones ofensivas al carácter de un americano que había jurado vengarse de sus enemigos, siendo una de las calidades que me retractase de mi declaración indagatoria de mi confesión y de la defensa con que sostuve, y probé la verdad de ellas.

No admití la gracia y preferí quedar entre cadenas, primero que merecerla a una retractación que hubiera oscurecido para siempre el voto solemne de ser independiente o no existir.

Nunca me excusé de amparar socorrer y favorecer a los disidentes que los déspotas de América mandaban a España para que

En el margen: La copia legalizada y autorizada en Barcelona de la Real orden y de mi constatación resistiendo la gracia que se juzgaba hacerme, la conserva el General San Martín en su poder.

fuesen castigados: protegí la fuga de varios americanos que iban a ser envueltos en horribles desgracias: protector general de cuantos sufrían o estaban próximos a padecer siempre, los salvé con mis auxilios generosos, mientras conservé mi fortuna (6).

Cuando el año de 813 se mandaron a Montevideo 3,500 hombres, y me hallaba preso en el castillo de San Sebastián de Cádiz en donde habían puesto el cuerpo de artillería, hice desertar 43 hombres en diferentes noches. Se sospechó ser yo el autor de esta desertión, y sin otra prueba me trasladaron a la terrible Carraca (aquí conocí y traté al Gral. Miranda cargado de cadenas, y con ellas murió en la dura y amarga prisión de las Cuatro Torres). Me enfermé de gravedad, y negándome los auxilios y socorros de un hospital, me condujeron al castillo de Santa Catalina para medicinarme a costa mía, como se verificó de este modo cuantas veces padeció mi salud, que no fueron pocas. ¡Qué sufrimiento fue necesario para sobrellevar tantas penas y disgustos, con las forzadas asistencias, después de tan bien pagadas! Luego que mejoré a los tres meses me llevaron a la cortadura de San Fernando última mansión que atestará los sentimientos de mi corazón. Este sitio fatal que por todos sus aspectos me recuerda con sumo dolor el estado más deplorable y luctuoso, que puede haber tenido el más infeliz y desgraciado que haya nacido, y que yo sufrí con denuedo en medio de tantas penas y dolores acerbos que no es posible explicarlos, fue el último que habité en las prisiones, donde respiraba, y no se me había prohibido hablar.

De este punto siempre fatal a mi memoria por el encadenamiento de tristes circunstancias que se sucedieron unas tras otras, y como que se daban la mano para retorcerme los muelles de la opresión y el rigor, eran los negros anuncios de lo que se me preparaba para el lento exterminio de mi existencia. Esta verdad la comprobó el fatal estado a que fui reducido en la furibunda prisión señalada en la sentencia de mi condena. Con la escolta de ocho hombres y un subteniente suizo, se me condujo por las calles de Cádiz al muelle para embarcarme. Mi persona era demasiado conocida, la causa de la infidencia era notoria, y en aquel pueblo de las usuras, y de los logros que era el depósito de los robos de los tiranos de las

(6) Mérida, Tobar, Caicedo y Castillo de Colombia; Pérez, Toledo, Ruiz y Orbegoso de México; Juárez, Pinedo y Faustos de Guatemala; Muguiondo y sus cinco compañeros de Montevideo, y otros que no tengo presente.

Américas, y de las ganancias de los monopolistas fui al paso insultado con unas dicacidades que el odio y la venganza, las fomentaban. Sufriendo este bochorno público llegué al puerto, y con la misma escolta se me embarcó para Barcelona: desembarqué con todo el aparato de un gran reo de Estado. Este pueblo más grosero que el otro, se agolpó sobre mí para cubrirme de prisiones infames y viles, y con tanto furor, que para no ser víctima de aquel carácter feroz que los caracteriza, fue necesario contenerlos con la escolta y auxilio que se pidió al comandante de un vivac.

Así entré a la Ciudadela en medio de este tumulto de la hez de los habitantes de Barcelona, y mi espíritu imperturbable manifestado en el semblante, sólo juraba venganza contra los que se oponían a la Independencia Americana. Presentado al gobernador de este castillo, me llenó de oprobios y de insultos por su carácter pésimo, y porque estaba prevenido de ser yo el autor de los movimientos políticos de las Américas, cuyo patrimonio miraba dudoso o perdido para los peninsulares; esta funesta idea le hacía proferir expresiones groseras y amenazadoras cuando cansado de sufrirlo le repuse con un noble carácter. *Se me ha tratado y conducido a este punto del modo como llevaron al Salvador al Calvario: sálvense las Américas, aunque yo sea el Cristo político.* Un calenturiento no deliró tanto contra los americanos como este hombre innoble por sus maneras y voces desacompasadas. El mismo me condujo a la torre de la ciudadela: habían noventa y siete escalones para llegar a la habitación que se me había destinado: su vista presentaba el terror y la muerte: inmundos y ahumados los gruesos muros de grandes manchones, plagados de chinches, las ventanas sin puertas ni cristales, todo me recordaba la mansión fúnebre de los Scitas, cuando la autoridad despota y tirana de la Rusia, deposita en el centro de las cavernas a los delincuentes.

Diecisiete meses ocupé esta triste mansión del silencio, insultado por los oficiales entrantes y salientes se me presentaba el alimento con cuatro hombres preparadas sus armas para asegurar a otro que estaba indefenso: analizar cuantos padecimientos sufrí con una constancia envidiable sería tomar el empeño de Ixion que se propuso abrazar una nube. Para mayor seguridad de la persona del Gral. Lacy, que tantos celos daba a Fernando VII y sus partidarios, cuando fue preso por las medidas que tomó para que renaciese la Constitución política de la monarquía española, mandada enterrar por el decreto de aquél de 4 de mayo de 814, se me trasladó a

una de las Torres de las Canaletas, encargada mi custodia a su alcaide casado con una arpía. Al entrar en ella después de tres puertas estrechas, su lobreguez, mal olor, oscuridad y estructura material, me pareció que mi espíritu había descendido a los infiernos, y si es cierto, que en él padecen lo que cuentan los que no lo han visto, puedo atestar ante los cielos, que aquel Plutón y Proserpina desempeñaron doblemente sus comisiones cerca de mí, como lo harán con los titulados ateos en el averno. Para más aumentar mis penas y dolor, en más de los nueve años de tan inhumana prisión no me auxilió el gobierno español, ni con un maravedí. Malbaratado mi brillante equipaje para mantenerme: embargada parte de mi fortuna en casa de Amenábar, y perdido mis intereses en Londres en la de Darbí, subí a la torre con un corto resto no suficiente para mantenerme un año; pero el Cielo que me parecía haberme criado en los momentos de su cólera y había tejido el resto de mis días con los hilos más funestos, me preparó desde Madrid una mano tan bella como amable, delicias de la virtud, primogénita hija de la beneficencia, en cuyas dotes absorta mi contemplación la mira a mi lado aunque distante, y negado ya para siempre a mis ojos auxilios tan generosos y a los cuales debí mi subsistencia y a ellos mi fuga para las Américas, y cuya salvación me costó ingentes sumas.

Pero en medio de tanta vigilancia y depresiones servía a mi patria en todos los puntos que estuve recluso: me haría muy difuso, y de consiguiente más fastidioso, si relacionase el número y circunstancias de tantos hechos y advertencias practicadas en beneficio de la Independencia. Empero diré, que a mis prevenciones y riesgos se debe, que un ilustre colombiano, desbaratase la expedición de veinte y dos mil hombres al mando del cruel O'Donnell, destinada contra Buenos Aires. Que jurada de nuevo la Constitución en marzo de 820, y tratándose de mandar a costa firme cuatro mil hombres bajo las órdenes del Gral. Martínez, no se verificó por lo que escribí al Ministro Porcel: convino con mis ideas y en lugar de la expedición se mandaron los diputados en dicho año (*).

Mi intención fue, que habiendo un armisticio, mediante esta misión inadmisibile, se esforzasen los ejércitos de las Américas que

En el margen: (*) La nota pasada al Ministro Porcel de 22 de abril de 820 y su contestación original de 1 de mayo del mismo año en la que me comunica ser del agrado del Rey mi prevención oportuna y por la cual me da a su nombre las gracias, asegurándome que en lugar de la expedición vendrían los Diputados, ambas piezas las tiene en su poder el Gral. San Martín.

hubiesen sufrido derrotas. Ya me había sacado de la Torre el pueblo de Barcelona en los transportes de su embriaguez el 10 de marzo de 820 que juró la Constitución. Entonces le merecí distinciones muy notables, porque me declaré del partido de los liberales. El Capitán Gral., con dictamen de su auditor declara mi libertad por legal: me pone un decreto muy honroso y me persuade a que resida en la ciudad por juzgar mis luces necesarias en aquellas circunstancias (*). Informa al rey en favor mío y me devuelve la patente de coronel de milicias, de que me había privado, por la infidencia, y la misma que devolví desde Málaga yendo de fuga para Gibraltar por el conducto del Ministro de la Guerra (**).

Esa benéfica mano que cuidó de mi subsistencia en los sesenta y un meses que ocupé las dos torres, luego que le comuniqué mi libertad, me contestó asegurándome sería completamente indemnizado, y ascendido con otros ofrecimientos que halagan y satisfacen los deseos de un corazón que ambiciona la gloria y los placeres. Le hago entender que pasaría a Madrid, para afianzar más el éxito de mi fuga. El alto carácter, la clase, riquezas, y otras mil calidades halagüeñas de la mano protectora no presentaban a mi idea otra cosa, que lograría grandes satisfacciones; pero tenía jurada la venganza, recordaba que mi espíritu formado en la América me ponía la ley imperiosa, de renunciar los mayores imperios para ocurrir en su auxilio y defensa: todo lo abandoné, y únicamente traté de fugarme a costa de la vida, y del temor continuo de ser sorprendido, para hacer en el ejército de la Patria la muerte o los laureles.

Al fin me embarco en el puerto de Barcelona, y arribo al de Valencia: el que lleva vendida su vida y trata de salvarla de sus enemigos, no pierde momento que no emplee para llenar su objeto. Tomé la posta para Málaga donde apenas estuve tres horas: seguí hasta llegar a Gibraltar, y descansé en los brazos, benéficos y humanos de un judío a quien fui recomendado. Los que hayan transitado por todos estos puntos, confesarán que en el mes de julio los

(*) La conformidad del Capitán Gral. de aquel Principado con el dictamen del Auditor de Guerra, a la representación que hice en 16 de marzo de 820, existe original en poder del Gral. San Martín.

(**) En 11 de mayo del mismo año, copiándose el oficio del Ministro de la Guerra, se me incluyó el título de Coronel de Milicias por el Capitán Gral. del Principado de Cataluña y la copia de la nota con que lo devolví al dicho Ministro, lo conserva en su poder el General San Martín.

abrasadores y tan decantados calores de la Arabia no son comparables con los de la Andalucía baja. Los que hayan tenido igual suerte de huir con los conatos de servir a quien debe y camina por entre sus enemigos, triunfando en cada instante de los peligros, saben el valor que tienen las determinaciones de este género. Solas las circunstancias podían justificar este partido, pero yo estaba convencido que en todos los tiempos ha sido preciso saber arrostrar la muerte que merece la vida.

Me embarco en Gibraltar y saludo al fin después de tantos contrastes y sufrimientos las orillas del Río de la Plata: piso y beso la tierra de los incas y me dirijo a ver el objeto de mis obligaciones. Solazado en los dulces brazos de mi tierna y bella esposa, objeto de mi extremada sensibilidad y de mi culto exhalo en su amor los tiernos suspiros, que poco ha en la inquietud de la desgracia me arrancaba la incertidumbre del porvenir. Pero ni el interés seductor de sus encantos, ni su facilidad en agradar y señorear mi corazón, y la natural propensión en todo hombre a disfrutar de asiento las gracias que gozadas como de paso irritan e inflaman su deseo me detiene un momento. Sólo estuve trece días a su lado después de más de once años de ausencia, y corro a partir los riesgos de los bravos guerreros encargados de libertar al Perú.

Tomo la ruta por las pampas, porque era el único camino por donde se transitaba en aquella época, y sin que los riesgos de los indios que salían a hacer sus incursiones me arredrasen, arribo a Santiago de Chile en donde debí altas consideraciones a su Jefe Supremo; conocedor de las virtudes y méritos del patriota verdadero y desinteresado, me ofrece hacer Brigadier al servicio del Estado que dignamente mandaba: no lo admito, sigo para Valparaíso, en donde me embarco para Huacho: arribo a su puerto y me encamino al cuartel general. Veo a su Capitán General me estrecha en sus brazos: recuerda nuestra amistad antigua: nuestros trabajos en la Sociedad de Cádiz, para que se hiciese la América independiente: se instruye de mis padecimientos, y recuerda en noble confirmación mi distinguido acendrado patriotismo. ¡Qué transportes de gozo no sienten dos espíritus que obran por identidad de unos mismos principios! El General San Martín es de quien hablo, quien satisfecho de mi mérito trató de premiarme en el momento ofreciéndome empleos que resisto por preferir el ejército donde mis servicios me proporcionarían mil ocasiones de vengarme de los españoles. Me nombró Coronel de Caballería y cedí el sueldo hasta que el ejército

entrarse en Lima según consta del documento No. 2, no obstante que mi situación era muy escasa; pero era mayor la del ejército y a mis anteriores sacrificios quise añadir este nuevo servicio en favor de quienes venían a dar la libertad al Perú. Serví al lado inmediato del Protector: entró el ejército en Lima; nos acampamos en el camino del Callao, regresamos a la capital donde permanecemos hasta setiembre que vino el enemigo a atacarnos, y salimos a batirlo. Todos saben los movimientos del Ejército de la Patria, hasta la rendición de los castillos, y siempre estuve a las órdenes del Protector. La exactitud, firmeza y otras recomendables acciones que desempeñé en el ejército, no las olvidó el Fundador de la Libertad, y en premio a mi noble comportación me ascendió a la clase de General de Brigada.

Me nombró por Presidente en propiedad del departamento de Huaylas. Las circunstancias en que se hallaba exigían la prudencia, integridad, desinterés, luces y experiencia de un funcionario que emplease estas cualidades para tranquilizar los ánimos exasperados, y restituir el espíritu público a aquel grado de entusiasmo patriótico, que había declinado en indiferencia. Llené la confianza del Supremo Gobierno del modo más satisfactorio, y todas las secretarías del Estado atestarán el envanecimiento con que aseguro esta aserción. Estoy cierto que ningún funcionario de este rango se ha comportado mejor. El libro de la Tesorería es el modelo de mi desinterés, y de su manejo escrupuloso el más brillante cuadro para respetar y no abusar del Tesoro Público. Las copias número 3 de la Municipalidad de Huaraz, y las de los Nos. 4, 5 y 6 de las secciones de Estado que se acompañan, exponen con bastante extensión las verdades que quedan expuestas.

Administré justicia: no capitulé con los delincuentes: perseguí a los ladrones, y a los inquietos que perturbaban el orden. El pueblo feroz de Corongo con otros de la Provincia de Conchucos, defendida por sus cortaduras, desfiladeros y eminentes precipicios, se sublevaron por seducciones de algunos españoles. Sin embargo de que era la fuerte estación de las aguas, salgo a contenerlos; me presentan dos batallas en número de tres mil hombres armados, y fueron derrotados; triunfan las armas de la Patria, persigo a los cabecillas, se les forma proceso, y mando con arreglo a la ley pasarlos por las armas: con los menos culpables uso de equidad, y a esta conducta es debida la tranquilidad del Departamento. Si hubiera procedido de otro modo, la marcha de la Independencia estaría pa-

ralizada, el gobierno trastornado y el estado actual político casi moribundo; aún no se acaba de reconocer la importancia de estos servicios, porque las pasiones, que todo lo desfiguran, y los que llevan la brújula del Estado no conocen el carácter y localidad de los pueblos. Las copias del Ayuntamiento de Huaraz y la de la Secretaría de Estado y Relaciones Exteriores marcadas con los Nos. 7 y 8 que se acompañan, justifican y aprueban mi conducta militar y política de un modo el más honroso y satisfactorio.

Además cada empleo exige un entusiasmo particular. Todas las artes se aprenden; las más fáciles, las menores tienen sus principios, su método y su tiempo de aprendizaje. Es moralmente imposible que el gobierno ejercido sin teoría sea mucho tiempo feliz; a los que obran sin reglas se les oculta siempre la perfección de las artes; una larga experiencia, que no sostiene un fondo real de conocimientos, suele ser por lo común una larga habitud de cometer errores, es preciso juntar a la experiencia los ejemplos de los siglos pasados, la especulación a la práctica, la razón al uso. Bajo de estos axiomas me fundé (aun cuando no hubiese obrado por órdenes superiores) para haber confinado temporalmente a la costa a algunas personas sospechosas sin fórmulas legales que tanto dañan en el tiempo de las revoluciones. Es muy ignorante en política el que quiera seguir esta rutina: el que procede sin pasiones, y consulta el orden, le importa poco, no acomodarse a aquellos reglamentos que únicamente son practicables, cuando los pueblos por un convencimiento de su bienestar están unidos para mantenerse en tranquilidad, destinando el tiempo en buscar su felicidad. No se hallaban en este plácido caso los de Uchiza y Tocache, pueblos del Departamento de Trujillo, porque unidos con los dispersos de Corongo, Maynas, Moyobamba y Huamachuco vinieron a atacarme por la Provincia de Huamalíes, y que estaba bajo mis órdenes. El Presidente de Trujillo y el Gobernador de Patatez me comunican la noticia pidiéndome socorros; los facilité en el momento, prestándome los pueblos del modo que era consiguiente a mi noble administración. Ataqué por tres puntos a los facciosos y en su completa derrota los escarmenté, haciendo prisionero al principal autor de la revolución. Escarmentados pues, sujetos y reducidos a su deber estos pueblos, y los demás que se le unieron de las montañas del Monzón, di cuenta al Supremo Gobierno de mi conducta militar y política, y la nota oficial de su contestación, es la apología más brillante y satisfactoria, que puede merecer un funcionario público. Se me ha extraviado o inter-

polado; pero su copia debe hallarse en la Secretaría de Gobierno y Relaciones Exteriores, y ella es un modelo perfecto para más interesar el honor y probidad de los que gobiernen bien.

Los hombres poco instruidos, y los ociosos son igualmente peligrosos en un Estado. El que gobierna debe vigilar con constancia sobre esta especie de hombres, para evitar grandes males en la República. Yo me comprometí como un deber de mi destino perseguirlos, para que se hiciesen moderados, y se hiciesen útiles a sí mismos; pero el malvado no quiere ser virtuoso, y busca los medios para poner en ejecución su maledicencia, ocultando su rostro, porque de otro modo no era posible poner en ejercicio sus tortuosos designios. De aquí fue, que tomaron el medio de dirigir al Supremo Gobierno un anónimo, vistiendo mi conducta de un ropaje de calumnias, que desconocía, y la del Doctor Pellicer con quien solía consultarme; el Gobierno me pasó el anónimo para mi inteligencia, y aunque esta especie de libelos es la más despreciable, que conocen el derecho y la razón, y que por lo mismo le dijo Trajano a Plinio, que estos enmascarados eran los asesinos políticos de los hombres de bien; no obstante, picado yo de mi honor y noble administración desvanecí las imposturas, pidiendo que se hiciese una pesquisa pública y secreta, bien asegurado de que las results confirmarían la rectitud de mi juicio. Instruido el Supremo Gobierno de mi exposición debí la contestación satisfactoria contenida en el No. 9 y la que comprende el No. 10 del Delegado Supremo, que se acompañan.

Mi celo, mi noble desinterés, y mi amor a la Patria que siempre he tenido en ejercicio, me aconsejaron, que además de los *dos mil y tantos pesos* (2,240 ps.) que cedí de mis sueldos, según el documento citado No. 2, continuase haciendo iguales donativos voluntarios para socorro del Ejército Libertador, y según los documentos Nos. 11 y 12 del Tesorero principal del Departamento de Huaylas, y del Intendente interino y Comisario de Guerra doné 1,723 ps. 5 rr.s, cuyas cantidades de 3.963 ps. 5, han entrado en la Tesorería General y en la Comisaría de Guerra.

El Supremo Gobierno me nombró para Enviado Extraordinario cerca de la República de Colombia, según aparece del Documento No. 13; pero sucesos inesperados del pueblo de Lima, conmovido por los agentes de mejorar o hacer sus fortunas, hicieron que aquella comisión se suspendiese; regresó el Protector de Guayaquil, su delicadeza y motivos en que funda la nota oficial, que acompañó

con el No. 14, para que la misión no tuviese efecto, es la ejecutoria más brillante, que conservo, y el documento apologético de mis conocimientos para tales comisiones, como también el testimonio que autoriza aquel patriotismo acendrado, que ennoblece y distingue al americano sacrificado, por el amor, libertad e independencia de su país.

Cuando reposaba tranquilo sobre mi conducta pública, militar y política, don José de la Riva-Agüero que no la tenía, porque desgraciadamente desconoce todas las virtudes morales, y envidioso de la estimación y buen concepto que me había adquirido, mandó imprimir un anónimo, que sólo a él estaba reservado para que ejercitase el genio de su maledicencia; mas como yo estaba inocente de las mordaces calumnias con que oprimía mi buena opinión, y para ponerla a cubierto de la vocinglería grosera de los que no les es concedido el saber pensar, me presenté a la Alta Cámara de Justicia, único tribunal competente por la ley, pidiendo se me formase un juicio de residencia pública y secreta del tiempo que mandé la presidencia del Departamento de Huaylas. Sustanciada la solicitud según derecho, mandó las órdenes al Presidente mi sucesor para que mandase publicar la residencia en todos los pueblos del distrito, y oídos los cargos y descargos que resultaren, diese cuenta con los autos dentro de noventa días improrrogables a dicha Alta Cámara para fallar en justicia. Yo les dejé el campo abierto para que los quejosos sin hallarme presente, interpusiesen sus demandas de cargo. En más de un año no se presentó ninguna queja contra mi administración, y dicho tribunal, sin desviarse de lo que las leyes mandan en casos de esta naturaleza, pronunció su fallo en favor mío, y aparece del papel No. 15 que se acompaña para comprobación de mi buen comportamiento y confusión eterna de los que creyeron envolverme en los enredos de la confusión y abatimiento.

Esta empresa no le salió a Riva-Agüero conforme con sus negros designios; pero más felices sus enredos para haberse colocado contra la voluntad de los pueblos de Presidente de la República, debiendo este destino a sus intrigas, para que lo colocasen la fuerza y las armas que con impunidad lo proclamaron, no me perdió de vista para separarme de Lima sin otra causa, que mi conducta avergonzaba la suya. Me embarqué para Santiago de Chile, y como mi espíritu nunca puede estar en un estado pasivo, viendo mi país engolfado en los acontecimientos de la guerra, ofrecí mis servicios militares al Director Supremo de Chile, para que emplease mi persona

en el ejército auxiliador, que disponía para mandarlo al Perú. Las notas oficiales que elevé con tan laudable objeto al dicho Director Supremo y van marcadas con los Nos. 16 y 17, presentan en sus contenidos el más vivo interés por la independencia de mi país, y las contestaciones en forma de decretos de aquel Jefe Supremo honrarán siempre mi memoria por los ardientes deseos inseparables de mi espíritu para que mi patria siendo libre honre la memoria de sus hijos que a costa de sus sacrificios la han merecido.

Los americanos han estado reducidos a la desagradable alternativa de ignorar todo lo que mira al gobierno o de recibir una imperfecta instrucción de él de los autores extranjeros. No han tenido una academia política, un gabinete de estado, ni cátedra de derecho público, ni profesores del derecho de gentes, ni regla cierta por donde se eduquen, enseñen y formen hombres hábiles en los conocimientos que exigen los empleos del gobierno; ha faltado el principio de una instrucción universal concerniente al gobierno activo y pasivo. Estas observaciones me obligaron en 29 de setiembre de 1821, a trabajar y presentar al Excmo. Señor Protector un reglamento en siete capítulos para la formación de una sociedad patriótica, cuyo ejemplar firmado por mí debe hallarse en la Secretaría de Estado: se estableció en Lima; pero los efectos que debían esperarse de los hombres ilustrados que la componían, no han correspondido a mis deseos; esta fuente de donde habían de correr aguas cristalinas y saludables, para alimentar y curar las enfermedades del espíritu, la han agotado las pasiones, la indigestión política, la indecisión, indiferencia, y tal vez otros más motivos que desprecian la luz, por preferir la oscuridad. Sea de esto lo que fuere, ninguno me robará el mérito de haber sido yo el autor de este establecimiento literario, que había de difundir las luces que partiesen de la razón, y de la inteligencia, proponer e insinuar con decoro todos los medios que afianzasen para siempre la educación de los pueblos; la libertad que gozaban, e inspirar máximas científicas y saludables para que el genio o la habitud de la tiranía huyeren despavoridos de nuestro suelo de delicias, llevando sus ensangrentadas cadenas a los países de Oriente en donde sus indígenas son los esclavos del señor que los domina.

Acompaño, por último, una razón de las entradas y gastos hechos en la presidencia con el No. 18. Ella, por sus notas, merece la consideración, que juzga tener el que ha obrado son desinterés, pureza e integridad para que su mérito no sea envuelto en el olvi-

do, ni incorporado con los que han servido a la patria con apariencias, y que distan mucho de haber hecho sacrificios, como los que se han manifestado con candorosa sinceridad.

Los que hayan experimentado tan de cerca la ferocidad española y visto los horrendos calabozos donde se ha desmejorado tanto mi ser, y los que con tantos padecimientos juzguen que mi existencia es milagrosa, conocerán que apenas ha bastado mi pluma a bosquejar males, que en la explicación no caben. Los conocedores de la incomparable belleza de mi esposa sabrán valorar la victoria, que he reportado sobre mí mismo, renunciando sus legítimos placeres por consagrarme absolutamente al mejor estar del país donde nací. ¡Plugue al Cielo que reciba grato los sacrificios inmensos que he hecho por él, y que si mi nombre no es el más recomendable por las virtudes guerreras, mande al menos, que se escriban en los fastos de sus días felices la pérdida de mi fortuna, de mi existencia, y dulces relaciones, y su impotencia para auxiliarme en los más desgraciados de mi vida!

Por una orden suprema levanté y formé en el Departamento de Huaylas de mi mando, siete cuerpos de cívicos: de Infantería, Caballería y Dragones. Consiguiente a las facultades que se me habían conferido hice los nombramientos de los comandantes de los cuerpos; se formaron los estados al pie y fuerza de cada uno de ellos, y los mandé para su aprobación al Supremo Gobierno por el conducto del honorable Ministro de la Guerra.

Yo he concebido un mérito incomparable al recordar, que fui el autor, para que se libertasen los peruanos del infausto y ominoso tributo, que pagaban en toda la América. Era de necesidad contribuir a esta medida, para despojar a los miserables indígenas de esa túnica política, que la codicia, ambición y arbitrariedad española les había puesto como un sello o marca de esclavitud perpetua, para que nunca se civilizasen, y viviesen embrutecidos, envueltos en la oscuridad y abatimiento insoportables, a que estaban condenados por más de tres siglos. En el año de 809 logré por el medio que en España se consigue, lo más insuperable y difícil, posesionarme sin ningún recelo del archivo de la Secretaría Universal de Estado de las Indias, que se conserva en el célebre edificio de la Lonja de Sevilla, fabricado a costa de los primeros caudales que fueron de las Américas. Extractamos entre catorce americanos desde 1494 hasta 1799 lo más notable, que hallamos en perjuicio y daños de ellos, y hubiéramos concluido con esta casual y gloriosa empresa hasta 807,

si por las armas francesas no hubiésemos emigrado a Cádiz. En el archivo está original el Breve o Bula del memorable en la historia de la Iglesia Alejandro VI en que hace la cesión de las Américas a los Reyes Católicos y a sus sucesores bajo de varias condiciones, que casi en el todo no cumplieron. Ojalá no fuese ésta una verdad, para que la religión del Crucificado no se hubiese establecido, como Mahoma fundó su Islamismo a sangre, fuego y muerte por todas partes. Una de las condiciones del Breve era, que los indígenas habían de contribuir anualmente con un tributo moderado, para que se invirtiese en su propio provecho, siendo el principal su educación científica, para que cumplidos los cincuenta años improrrogables de la contribución de los tributos, fuesen sólo los naturales con absoluta exclusión de otros, los que sirviesen los destinos eclesiásticos desde el Metropolitano hasta el último empleado de la jerarquía de la Iglesia.

Instruyo de estas verdades a don Miguel Lardizábal y Uribe, Regente de las Américas, y le insto con incesante vehemencia la abolición perpetua de los tributos. Satisfecho de estas aserciones irresistibles, y convencido de la justicia que le reclamaba en beneficio de los indígenas, acuerda la providencia con los demás, y se expiden las órdenes por la Regencia en febrero o marzo de 810, a los virreyes para que cesase en adelante la cobranza de tributos, y se reputasen sus naturales iguales a los que no sufrían esta degradación que ofende a la justicia, a la razón, a la moral política y a la naturaleza misma.

El odio de los comerciantes de Cádiz hacia los americanos se aumentó hasta el último extremo, desde que supieron sus movimientos políticos, porque desde entonces les prevenía la justicia de la causa, que los monopolios, los logros inmoderados y las usuras escandalosas iban a desaparecer como las nubes cuando las agita el viento. El poder de sus riquezas inmensas, adquiridas con las fatigas y sudor americano alentó a los comerciantes para emplear sus fondos en habilitar expediciones militares contra los puntos conmovidos de América. El Fisco peninsular estaba exhausto de todos los recursos para habilitar y mandar tropas que sofocasen en su raíz el voto general de ser independientes; pero los comerciantes suplían con sus tesoros la nulidad completa del Fisco español. En este estado del año de once era preciso disminuir los caudales del comercio, haciéndoles la guerra a sus intereses para debilitarlos, y para quitar-

les aquel empeño de subyugarnos. Previne a los puntos que se habían conmovido, era indispensable secuestrar todas las propiedades de los peninsulares, y que entrasen en el Tesoro Público Americano como una presa legítima de los enemigos que se prestaban a todo sacrificio para que la América no fuese independiente. Buenos Aires solo colectó por esta oportuna advertencia más de dos millones de pesos en moneda contante. Las demás naciones de América dirán cuanto importó esta prevención tan oportuna. Así es, que desde el año de 808 que me consagré todo para que las Américas fueran independientes no he cejado un momento que no haya empleado con acierto para su absoluta emancipación. En el seno de mi fortuna, cuando privado de ella por haberme destinado la crueldad española a sufrir en espantosos calabozos todo género de privaciones, de males y desgracias, y cuando fugado para restituirme a la América; jamás, jamás he estado en inacción, porque según las circunstancias he dado testimonio de mi acendrado patriotismo, de que por mis servicios que debían alentarme para pretender destinos, nunca he solicitado alguno. Los que he tenido y la clase en que me hallo es debido al mérito y a mi conducta y aptitudes regulares, desconozco las aspiraciones, y los partidos o clubs para trastornar el orden no me conocen. Una vida siempre pacífica, y en las circunstancias más moderadas que antes con estudio, me han reducido a una vida privada, y que aún así la envidia y la maledicencia han producido invectivas muy difíciles de probar, aun habiéndolas provocado para su examen y justificación.

No siendo posible estar un solo instante bajo el dominio español que detesto como ninguno más, emigré a últimos del mes de febrero. Sin poder cobrar mis sueldos de más de 16 meses que se me debían; sin resolución de pedir prestada alguna cantidad para auxiliarme, porque jamás he acostumbrado esta práctica común; sin auxilio de bagajes que tanto solicité del Gobierno para no ser víctima de los españoles, y cerrados todos los conductos que facilitasen mi emigración, y estando decidido a emigrar a pie, un amigo sabedor de mi situación triste y angustiada, me asoció a su comitiva. Me anuncié a S. E. el Libertador ofreciéndole mis servicios para que los emplease en el Ejército del Perú; no tuvo lugar mi vehemente solicitud en razón de haber empleados en él cuatro generales, como lo atestan los tres documentos del margen, en los cuales están bien significados mis deseos en servicio de mi patria, y el aprecio que merecieron a S.E. el Libertador en su contestación respetable.

En este estado fatal, y sin tener como conservar mi existencia, pasé por la vergonzosa humillación de estar a merced (diez meses) de dos personas que emplearon su generosidad en mi auxilio. Emigración funestísima y tan desmerecidos los abandonos que sufrí de quien debía protegerme, cuanto que mis servicios y merecimientos demandaban otras consideraciones. Nacido y conservado en la abundancia: desaparecida, no al impulso de los vicios, mala versación ni de una conducta vergonzosa, sino por ser fiel a los votos que había jurado a mi patria, he sufrido sin murmurar y con una constancia envidiable, todos los males, disgustos y sinsabores que son inherentes a un emigrado pobre, moderado y sin recursos.

Si la suerte o el destino fatal aún me persigue, y su poder influye para que mis servicios se miren como unos crímenes, o con indeferencia para que se cumpla lo que dice un escritor (a) “que nadie paga más mal que la Patria”, siquiera vea en el resto de mis días, que los hombres son vasallos de las leyes, y que éstas siempre, siempre poderosamente obran sobre ellos, haciéndolos justos y razonables. Legisladores profundos dirigid esta naciente República, de modo que el gobierno mande a pueblos libres, a quienes su moderación y sus beneficios retengan en la dependencia. Dictad leyes de paz y de humanidad a los pueblos, para que gocéis anticipadamente de aquella profunda veneración que los siglos conceden por gracia a la memoria de los grandes hombres.

Copia de la nota con que pasé a los tres ministerios la relación de mi gobierno del Callao, que sigue:

H. S. M.— Tengo la honra de presentar a VS. M. la relación de gobierno del tiempo de mi mando. VS. H. tendrá la bondad de examinarla, y si los hechos que contienen merecen elevarse al conocimiento de S. E. el Presidente del Consejo de Gobierno, VS. H. me dispensará esta gracia; pero en el caso contrario suplico a VS. H. que tenga el castigo de abandonar al olvido, bien que, no por falta de la pureza que brilla en todas sus páginas, sino por aquel destino fatal que persigue a los que padecen no mereciéndolo por ningún espacio razonable.— Ella no tiene la mira de prevenir los ánimos en mi favor para merecer empleos. Mi objeto es justificar lo que aseguré a S. E. el Libertador, cuando de su motu propio, y sin haber de mi parte hecho la más leve insinuación, me confió el mando; entonces le dije: “No se arrepentirá V. E. del nombramiento que me hace”. He cumplido mi palabra; ésta es mi recompensa sublime, y

muy gloriosa, también el testimonio del amor que los vecinos de mi jurisdicción me han dado en el luto que visten, y en las lágrimas que derraman por mi ausencia. Todo esto unido a la quietud de mi conciencia me hace esperar, que en el seno de la eternidad, lograré aquella paz prometida a los que se han hecho dignos de ella por su beneficencia e integridad". Tengo el alto honor de reiterar a V.S. H. mi más distinguida consideración y profundo respeto con que siempre lo será muy atento servidor Q.B.S.M. José Ribadeneyra.

Es copia.

Ribadeneyra. (Con su rúbrica).

HONORABLE SEÑOR:

El día 23 del último enero, entrando con el bravo ejército sitiador, tomé el mando del Gobierno Político y Militar de la Plaza de la Independencia del Callao, y sus dependencias por despachos muy anticipados con que me había honrado S. E. el Libertador. Era mi deber llenar altamente esta importante confianza, y de consiguiente poner en continua acción, y movimiento cuanto era digno del objeto que se había puesto bajo mi autoridad.

La plaza, y el pueblo presentaban el terror, el espanto, y unos grandes montes de suciedad fétida y asquerosa. La atmósfera respiraba un continuo mal olor de cadáveres insepultos unos, y mal enterrados otros. Estas miasmas corrompidas fermentaban la desastrosa epidemia, que condujo al sepulcro más de cinco mil personas: todo, y por todas partes, presentaba a la vista un teatro de desolación, de miseria, confusión y llanto; todo era congojoso, y como si mi destino hubiera sido para combatir, y triunfar de la muerte, y del contagio, así luché para salvar mi vida, y mi salud entre cadáveres, y 87 enfermos que habían en los hospitales dentro de la plaza, sufriendo los dolores del escorbuto, corrompidas las úlceras de su mal, hasta el extremo de morir diariamente, cuatro individuos cuando menos. Jamás podré hacer un análisis extenso de la situación luctuosa que sufrían estos puntos: cuando por otra parte su explicación más detenida conmovería la noble sensibilidad de V. S. H. Así pasará a manifestar mis trabajos, y mi celo en favor de la humanidad; virtud tan eminente, como que partiendo del seno de la naturaleza, la respetan, y ejercitan los mismos gentiles.

Mi primer cuidado fue salvar del contagio a los jefes, oficiales y guarnición de los batallones Araure, Callao y brigada de artillería; cuerpos sitiadores y cuyo mérito los recomendaba más y más a mi actividad y vigilancia. Sin perder instantes los tres cuarteles y casas

de los oficiales, fueron por once días regadas con vinagre, incorporado con espíritu de clavo, y perfumadas con alucema, e incienso compuesto. El resultado feliz correspondió a mis conatos; ninguno falleció ni se contagió del escorbuto.

El día 24 se destinaron 100 hombres de la guarnición, con 9 carros para la limpieza de los baluartes de la inmunda plaza, y de varios rincones, donde los muladares eran la divisa de la porquería española. No bastó para el trabajo de diez horas del día el número de hombres que se ocuparon; el 25 se duplicaron, y la plaza quedaba, como si cosa alguna se hubiera hecho. El 26 se destinó a conducir los enfermos con sus camas al hospital de Bellavista, y desde el 27 de enero, hasta el 11 de febrero con consentimiento del General Salom, se ocuparon 800 hombres diarios de los tres referidos batallones, en concluir la limpieza de los baluartes y la plaza. Ya estos puntos se presentaban más agradables; pero la hediondez que expedían los cadáveres mal enterrados, y el rigor del verano, amenazaban contagiar a la guarnición, y pedía el más pronto reparo, y aconsejaba en el entretanto, que aun durmiendo no se separase de la nariz el bolsillo del alcanfor, como lo practiqué durante dieciséis días, que estaba durmiendo sobre las bóvedas de Casas Matas. Se destinaron 100 hombres para reenterrar los cuerpos que están a la barlovento de la Puerta del Socorro. En siete días se concluyó esta operación: el mal olor huyó, como para siempre, y estos puntos respiran desde entonces, salud y alegría. Los castillos del Sol, y Santa Rosa, me ocuparon poco, porque pocos reparos hubo que hacer. Los jefes y oficiales que alternaban en la guarnición, estoy seguro que recuerdan mi nombre para estimarlo, y respetarlo. Siempre los traté con afectuosa amistad, porque la subordinación, el orden y la disciplina de los cuerpos estaban tan arregladas, que exigían de mí una distinción particular. El General en Jefe, y S. E. mismo el Libertador, cuantas veces estuvieron en la plaza, otras tantas, celebraban, el buen orden, y la policía interior y exterior. Yo les merecí expresiones por estos servicios, tan satisfactorios, que su recuerdo me llenan de un noble orgullo.

El vecindario del pueblo que gemía por las enfermedades, y otros males que sufría, llamaba también toda mi consideración, y ternura. De acuerdo con el Supremo Gobierno y con precedente reconocimiento de la Junta de Sanidad, establecida temporalmente para examinar el estado de salud de los individuos de ambos sexos, se les franqueaba a los buenos un pasaporte para que se dirigiesen a

la capital. A los enfermos epidémicos, y a los que recientemente estaban contagiados del mal del escorbuto, se destinaban, unos al hospital de Bellavista, otros al pueblo de Surco, y los demás a las chacras inmediatas.

Desembarazada la población de tanto número de enfermos, cuya residencia perpetuaba el contagio, y que sin mis eficaces medidas de precaución, tal vez hubiera trascendido y hecho grandes y muy notables progresos en la capital, y poblaciones inmediatas; fue indispensable atender a las habitaciones que quedaban vacías, y que para ocuparlas, no sé por qué cálculo, o principio se presentaban personas de ambos sexos, con el más decidido empeño. Para precaverlas del contagio, se pusieron en ejercicio todas las providencias que dicté con acuerdo de la Junta, y a ellas, y a su cumplimiento, que yo mismo observaba diariamente, se lograron resultados tan felices, que desapareció el contagio; ya no existe, y en el pueblo se disfruta desde entonces una salud, y aires envidiables.

Aún quedaba mucho que hacer en lo exterior de la población, y era de mi deber redoblar toda mi actividad para poner a cubierto mi honor, y mi responsabilidad. Formé el censo ¡quién lo creyera! ¡y menos los que antes de la pérdida de las fortalezas, conocieron los vecinos, que ocupaban la población del Callao! Sólo hubo 294 personas; triste memoria, para que los peruanos nunca olviden la conducta inhumana de sus enemigos los españoles.

Las calles todas se habían convertido en unas inmundicias desagradables, y en unos basurales tan crecidos que impedían en algunas el tránsito libre y desahogado. Sin población para obligarla a la limpieza; sin recursos de dinero, ni de ninguna especie para quitar de la vista tanta inmundicia, que hasta el último grado ofendía la policía más incivil, y el decoro del Gobierno que tanto observaban los extranjeros, y principalmente en el primer puerto de la República de Sudamérica. En tales circunstancias, dejó a la consideración de V. S. H. cuál sería el grado de aflicción que tendría mi espíritu; pero el Cielo único que premia, y favorece los buenos deseos, y las acciones, me inspiró arbitrios, con los cuales logré sin dispendio del vecindario, ni violencia de los concurrentes, poner la población enteramente limpia. El don de la palabra, y la magia de la persuasión, son los únicos recursos del que manda para perfeccionar las obras que emprende; esto lo aconsejan la prudencia, y la naturaleza, porque cualquiera otra medida, siempre será una verdadera quimera.

Era ya muy urgente arreglar el pueblo, y era un deber mío, que se cumpliesen los artículos de la Constitución. Pedí al Gobierno se nombrase un Juez de Paz, y de Derecho, y los proveyó, para que entendiesen las materias contenciosas, sobre que yo no tenía autoridad para conocer y sustanciar. Como Gobernador Político elegí un Teniente de Policía, para que desempeñase todas las atribuciones de su destino, haciendo observar los artículos del bando de buen gobierno, que con arreglo a la ley, mandé publicar al ingreso de mi mando. Se nombraron comisarios de barrio, y serenos, y en el día se verá que el pueblo del Callao, jamás ha tenido el orden, limpieza y alumbrado, que en mi tiempo. No se oyen riñas, pendencias ni aquellas muertes, cuasi diarias que sucedían en épocas pasadas, y que en la mía, aún está por llorarse una sola, no obstante que en un puerto de mar, concurrido por una marinería extranjera, y otros, cuya moral, es tan viciosa, parece imposible haberse logrado un bien público semejante, sin maltratos, persecuciones, ni castigos, que a veces nada se adelanta con ellos, sino endurecerlos en sus vicios.

Mucho restaba por hacerse, y me parece que otro tocando como yo dificultades insuperables, hubiera abandonado la más fácil empresa; pero como semejante conducta, sólo es propia de los espíritus débiles, y de un carácter indiferente, no era conforme con mis ideas, tomar aquel ejemplo. Se presentaba la limpia general de la acequia principal, que en más de cuatro años no se hacía; su caja se había estrechado con un fango envuelto con varias especies de huesos, trapería, y animales, que todo concurría a convertir una mala agua, que dañaba la salud, recientemente restablecida del pueblo. Las lagunas crecían hasta el camino real, porque obstruido el cauce, corrían las aguas por sus bordes, y estando comprobado que los pueblos circuidos de lagunas, siempre son enfermos, padecía mi corazón lo que es preciso condenar al silencio. Empero, no me desalenté, porque apelé a los recursos moderados, y que la costumbre no los reprueba. Tales fueron gravar las tiendas, donde vendían efectos, por una sola vez en cuatro pesos cada una, y en medio, y un real por cada asiento del mercado, donde vendía cada individuo sus especies. Dí cuenta al Supremo Gobierno en 15 de marzo, avisando también que había colectado 319 pesos 7 rr. s., con el fin de que sirviesen para pagar el jornal de los peones que trabajaban en la limpia de la acequia. Con la fecha 22 del mismo marzo, me fue todo aprobado; pero se presentaban dificultades invencibles, para

hallar gente que destinar a la limpia; cuyo desengaño toqué en cuantos medios puse en ejecución.

Los hacendados que me prometieron sus esclavos, me faltaron, y creyendo yo todo lo contrario, mandé quitar la agua por ocho días, para que evaporada la caja de la acequia, fuese más fácil limpiarla. El pueblo, y los naveros nacionales, y extranjeros, clamaban sin cesar por la agua; éstos fueron precisados a proveerse con riesgos, y trabajos, en la boca del río, y aquel de los estrechos pozos de la población; el clamor de todos era incesante; el Supremo Gobierno me indicaba los medios para llenar un objeto tan importante; pero no surtían ningún efecto. Yo por tanto vivía en el seno de la amargura y confusión, porque no podía calmar la justa ansiedad de todos, y acaso una infundada murmuración.

Todo lo representé a S. E. el Libertador, y este hombre grande, que ha destinado el Cielo, para que derrame beneficios sobre el universo, dio la correspondiente orden al señor General en Jefe Bartolomé Salom, para que pusiese a mi disposición, todos los soldados que pidiese de los batallones que estaban de guarnición en la plaza. Al siguiente día destiné, treinta bajo las órdenes del Sargento Mayor D. Juan Barboza; pero observando yo, que el trabajo no era tan activo, como se deseaba, tomé la medida de aumentar el número de soldados, comisionando a un oficial, a quien por ser del ejército obedecerían mejor. De este modo y a mi constancia de haber ido por mañana, y tarde, mientras duró el trabajo, el vecindario y los buques logran un bien que sólo conocen los que teniendo sed, la apagan con el agua. Las lagunas aunque desaparecieron, suelen reproducirse en pocas cantidades de agua, que luego que se advierten, se procura el remedio; pero el radical, y único para que jamás vuelvan a aparecer, como que está reconocido, provienen de resumideros, lo expondré más adelante. Creí por tanto haberme congratulado de haber dejado este beneficio a la población, y otros más; así como tengo la satisfacción interior de que me privé de tenerla, por ser obediente a lo que manda el Supremo Gobierno.

Sin desatender en lo menor las graves atenciones del servicio de la plaza, en donde para proceder, no he tenido otra voluntad, que la que dispone la ordenanza; que para lo demás, y con el fin de que cosa alguna se retardase, yo mismo a las cinco de la mañana, he escrito de mi puño todos los informes, y contestaciones para las Secciones de Estado: las he entregado al Secretario, para que las pusiese en limpio, y las trasladase a los libros copiadores; todo ha

sido obra de mi débil talento, en el que si se ha observado, que no es luminoso, al menos se habrá conocido que la verdad, y buena fe, las han dirigido, como todas las demás hechas a otras autoridades. Después que quedaban expeditas estas atenciones, dedicaba todos mis conatos para dar grandiosos impulsos a una increíble entrada al erario público; a la población, una perspectiva elegante, para las escuelas públicas, un establecimiento de ambos sexos, y fondos para el reparo de las fortalezas, y otras obras que en corto tiempo, se hubieran concluido. Para conseguirlo, expondré cuanto he practicado, y elevado mis proyectos a S. E. el Consejo de Gobierno para su aprobación.

El terreno del pueblo del Callao, pertenece al Estado; pero nunca ha contado con su valor, ni hay una leve noticia, que haga persuadir, que alguna vez pensó en enajenarlo; lejos de hacerlo, que los sitios los franqueaban los gobernadores, sin ningún interés, a quienes los solicitaban para fabricarlos. De acuerdo con el Comandante de Ingenieros, pasamos a mensurar el terreno del pueblo dentro la trinchera, y darle el valor a la vara cuadrada, según la localidad del sitio, y sirviéndonos de regla, el que tienen, los que parten de la Plaza Mayor de la capital, proporcionando las distancias para graduar el precio que merecían. El plan No. 1, que tengo la honra de adjuntar a V. S. H., es el resultado de la operación. El proyecto fue vender al censo; el Supremo Gobierno dispuso fuese al contado esta resolución, no ha podido verificarse; aquella creo hubiera tenido pronto efecto, y el erario público habría recibido anualmente 67.284 pesos por ahora que se hubieran cobrado cada mes, respectivamente, y el Estado habría conservado el importe del terreno, como propiedad suya. No habiendo sido así, fue indispensable, que yo mismo con otros saliese a tomar razón de todas las habitaciones que hay en la población, para graduar el arrendamiento de las casas y tiendas que habían de pagar los propietarios, y notificarlos para que los entregasen al colector, y a los arrendatarios para que hiciesen lo mismo. Esta medida fue una consecuencia de la suprema orden que mandaba, que los dueños de las fábricas, que no pagasen de contado la cuarta parte del valor del terreno, se le secuestrasen los arrendamientos, para que sirviesen de abono al importe de la Arca, y se pasasen mensualmente a la Tesorería General, como se ha verificado. Este trabajo lo practiqué con el fin de saber con certeza lo que cada mes producían los arrendamientos, para que no hubiesen dilapidaciones. Se hizo por cuarteles y calles, con expre-

sión bien clara para huir de toda equivocación. Una pasé al Ministerio de Hacienda, otra a los administradores del Tesoro Público; otra al Colector, y la restante se halla archivada en la Secretaría de Gobierno del Callao. No la acompaño a esta relación por ser abultada; pero indico dónde puede verse.

Para cubrir todos mis planes que tenían inmediata tendencia con el bien público, y el Estado, procuré hallar fondos para realizarlos. La copia No. 2 que se adjunta, presenta los arbitrios que propuse, con la seguridad, de que serían aprobados, y se refundiesen en los laudables objetos de su destino. El Supremo Gobierno me lisonjeó con esperanzas; pero dejando por resolver el derecho de aguada, establecido en todos los puntos del mundo, que contiene el artículo 4° y los demás hasta el 8°, he llegado a saber, que la suprema resolución, recayó únicamente aprobando el 1°, 2° y 3° artículos, destinando sus pingües entradas diarias, a otros fines, que aunque debo suponerlos, tan merecidos, como justos, priva del beneficio a los objetos que me había propuesto.

Paso ahora a manifestarlos a V. S. H., y si ellos no merecen ningún aprecio, me queda la satisfacción de que han sido el fruto de mis buenos deseos.

DEMOSTRACION DEL FONDO

67.284	Pesos réditos del terreno al 3%	
12.000	Pesos, en que se calcula la entrada de mulas, carros, &	
2.700	Pesos, de la aguada calculada a la salida de 450 buques)) Anuals.
2.000	Pesos, la venta del lastre calculado para 200 id.	
2.280	Pesos, del arrendamiento del mercado de la plaza por los asientos.	
<hr/>		
86.264	Pesos. Su inversión:	

Fabricar un malecón de cajones de mangle, forrados de roble, rellenos de piedras, empedrada de superficie, desde el varadero hasta el Castillo del Sol, dándole el ancho de ocho varas.

UTILIDADES

Servía para que los guardas rondasen el contrabando a pie, y con comodidad a toda hora; servía de ornato a la población, y los vecinos tenían un punto de desahogo para pasearse. Jamás me propuse que esta obra se concluyese en un año; poco más duraría, si

se encargase a una persona activa, y celosa de su buen nombre. Las maderas contratadas en Guayaquil, su conducción, y todo lo demás preciso para la obra, saldría muy cómodo, si unas manos puras, y económicas interviniesen en este negocio.

Hacer una atarjea de calicanto para conducir las aguas hasta el muelle, y destruir de raíz las lagunas; sin ella, jamás el Callao podrá conservar unos aires puros. Además, como debe suponerse que la población ha de aumentarse, por el fomento de la agricultura, minería y comercio, saliendo del estrecho círculo a que está reducida, se presenta en ellas un embarazo para que crezca la población.

Reparar las fortalezas frecuentemente de los estragos que sufren por el aire salitroso; reparar del mismo modo el muelle, porque las sacas y resacas de las olas, y los costados de los botes y lanchones, rompen el forro, desentierran los mangles, y las aguas triunfan a su modo. Establecer escuelas públicas, pensionadas, para sacar a la juventud de la vergonzosa, degradante y grosera ignorancia, que es el origen de los males sociales, porque oscurecidos los espíritus, y sin las luces que consuelan el alma, la mala moral es el fruto de los jóvenes de ambos sexos, que no han sido bien educados.

Muy a pesar mío, en haberse frustrado los medios que hubieran presentado mis trabajos a la vista de todos, se presentan algunos, y ellos dan una idea ligera, de lo que es capaz un hombre que ha andado, y visto tanto, con un natural laborioso, activo, y que desea que los pueblos de la América, olviden esa triste, sucia y desagradable vista de sus irregulares edificios. El modelo marcado con el No. 3 para las fachadas de las puertas de las casas, barracas y tiendas, bajo cuyo solo dibujo debían fabricarse, presenta el buen gusto, la sencillez y hermosura de una población. Esta agradable perspectiva hubiera presentado al mar una vista risueña, y un abundante alumbrado, y no que cuando entran los buques, se observa la tristeza de los edificios, en aquel conjunto de rancherías, que ofenden la policía, y nota el extranjero; cómo puede ser que el primer puerto de Sudamérica, tenga un pueblo ridículo, y sin orden, hallándose a dos leguas distante de su capital. Empero, dejo dos barracas, cuyas portadas han imitado el citado modelo, porque a mis insinuaciones, se prestaron gustosos sus dueños, los S. S. Colina y Armero. Plegue el cielo que en adelante, sigan aquel ejemplo; que las calles se arreglen, y que la vigilancia sobre la policía, sea el primer cuidado del que mande.

Las pulperías son el fuerte de las utilidades de sus dueños; las que se han fabricado en mi tiempo, tienen una nueva forma agradable que las antiguas que aún se conservan, pero los extranjeros decentes buscan otra clase de sitios públicos, donde sin ser notados, pueden beber. A mis diligencias se debe la famosa botillería, situada en la esquina de la calle de Barbosa. No será inútil decir en poco: que en la capital no hay alguna que se le parezca. En cualesquier grande ciudad de Europa sería celebrada. Si hago estas insinuaciones pequeñas, que a primera vista no son dignas de este papel, es, porque en lo poco, se manifiestan mis ideas, para las grandes cosas que me había figurado hacer en la población; pues está probado, que el ornato majestuoso de toda la población, influye contra la desmoralización del vulgo. La razón de este axioma político, no es extranjero a la erudición sublime de V. S. H.

El mercado público no tenía una concentración fija, divagaba por diferentes puntos, y el vecindario se molestaba con la pérdida del tiempo, en solicitar los víveres para la mantención de su familia. Para que el público se aliviase en todo, y con acuerdo y asistencia del Comandante de Ingenieros, señalé sitio para formar la plaza; se midió el terreno en figura cuadrada. Está circuida de asientos fijos, y cubiertos. En el centro está colocada la armazón cubierta de maderas para el despacho de la carne que se cuelga, para que el público diga lo que quiere sin bulla, ni atropellamiento. El peso legítimo, como el del pan se invigila, para destruir la costumbre de no vender las especies por su justo peso. El centro de la plaza, se barre diariamente dos veces; la luz que arrojan las cuatro casas de la plaza de cada especie de cajón, las rodea, dan un alumbrado al centro, que hace desaparecer la oscuridad de la noche. De nada carece; todo lo tiene en abundancia: de este modo ninguno se ve en la necesidad de ocurrir a la capital, por tantas especies que faltaban en otros tiempos.

Por orden de S. E. el Libertador, mandé desmontar toda la artillería que cubría el campo de tierra. Se desmontaron 80 cañones de bronce; 50 de fierro, de varios calibres; dos morteros y dos obuses reales. Estas piezas quedan colocadas al costado del último almacén de las bóvedas. Las cureñas, montajes, y demás útiles de esta arma, quedan almacenados, numerados y colocados de modo que con trescientos artilleros, y un oficial inteligente y activo, puede montarse otra vez, que se quiera en diez días. Este tiempo lo calculo, por el que la tropa gastó en desmontarlas.

Toda la parte que mira al mar, y por la misma orden citada, queda montada con 31 cañones de diferentes calibres y 2 morteros; ambas operaciones se concluyeron muy bien en corto tiempo. Cuando S. E. el Libertador estuvo en la plaza, y vio cumplida con tanta satisfacción suya, la orden, que para el efecto me tenía comunicada, me honró con aquellas expresiones, que empeñan al hombre de honor, a cumplir, si es posible más allá de lo que está reservado a cosas grandes.

Vencida toda clase de dificultades, dejo establecida una escuela de primeras letras para los dos sexos, bajo la dirección de D. Santos Peña; este hombre es muy apropiado para el destino; tiene buenas costumbres, prudencia, y paciencia para la enseñanza. Yo mismo salí de casa en casa a matricular toda la juventud. Sesenta y un individuos fueron los primeros que abrieron esta casa para aprender. Todos los sábados por las tardes he ido para oírlos rezar, y examinar su adelantamiento; una figurita de estaño, es el premio al que la merece; a los demás los he obsequiado con nueces, o cosas, cuyo valor está en la mano del que los da. Los padres, con dos, y cuatro reales mensuales, pagan al preceptor su trabajo. Mis deseos han sido quitarles esta pensión, rentando al maestro; pero no he tenido arbitrios, de donde hacerlo. Los padres que conocen el bien que les he proporcionado me bendicen: sus hijos cuando lo conozcan recordarán siempre mi nombre para tributarle todo el valor del reconocimiento.

Ninguno se ha quejado contra mí en tribunal alguno, ni en el Supremo Gobierno, de ninguno he recibido la menor reprensión: cuantas órdenes se me han comunicado del Gobierno Supremo, han sido obedecidas, cumplidas y ejecutadas, no he hecho el menor mal a objeto alguno de ninguna clase; no estoy comprendido en ninguno de los 30 artículos, que contiene la reforma del Decreto Dictatorial de 31 de mayo. En fin, los que me conocen, hacen justicia a mi mérito.

JOSE RIBADENEIRA (con su rúbrica).

APENDICE A LOS MERITOS Y SERVICIOS DEL GENERAL DON JOSE RIBADENEIRA

La relación de gobierno del tiempo que fue gobernador político y militar, y comandante militar de la plaza del Callao y sus dependencias, presentada al Ejecutivo por el conducto de cada una de las secciones de Estado porque con cada una de ellas tiene depen-